

que inclou una síntesi històrica, majoritàriament dedicada al teatre modern, de Schiller fins a nosaltres.

De la mateixa manera que definicions dels derivats del terme tragèdia (tragicomèdia, etc.) acostumen a mancar de les referències possibles a obres o exemples concrets que donarien una visió estètica o teatrística més àmplia del concepte. No és just escapar una entrada com la de tragicomèdia ometent exemples contemporanis com el de «Esperant Godott», que el seu mateix autor, Beckett, va definir com a mostra de tragicomèdia. Però, en conjunt, el contingut informatiu de les entrades del *Diccionario de Pavis* resulta força satisfactori. És innegable que la abundosa quantitat de referències bibliogràfiques que cada entrada inclou és, a més a més, un instrumental valuosíssim per a l'investigador. Des de Diderot fins al darrer semiòleg, Pavis enumera escrupolosament tots els encreuaments possibles de relacions sobre un terme determinat, de forma metòdica, organitzada i modèlica; i, ja no cal pràcticament afegir-ho, la bibliografia final és coherent amb aquesta riquesa de citacions de les entrades al llarg del llibre. Cal insistir, doncs, que la tasca realitzada per Pavis satisfarà l'estudiós del tema en la mesura que aquest no hi vagi a cercar solucions innovadores a punts cabdals de la investigació semiòtica o semiològica del teatre. Per exemple, es pot citar l'article dedicat a la «comunicació teatral», on l'autor es veu forçat a citar De Marinis o qualsevol altre dels semiòlegs que es veuen en l'*impasse* d'intentar delimitar exactament allò en què consisteix la «semiotització del espectàculo», sense que el mateix Pavis pugui afegir-hi res de nou. Però, ho dèiem abans, no era aquest un dels objectius esperables d'un autèntic «diccionario».

La traducció castellana que ara ens ha ofert Paidós de Barcelona ve prolongada pel revisor de la traducció, Kim Vilar, el qual ens explica com hi ha hagut necessitat de reformar certs trets peculiarment propis del context socio-cultural francès, que no sempre permet una transposició directa o literal al terme hispànic. En una paraula, no es tracta simplement d'una traducció, sinó d'una adaptació, amb les corresponents dades d'informació bibliogràfiques específiques del món cultural hispànic, cosa que és molt d'agrair per la poca freqüència en què això succeeix. En conjunt es pot dir, doncs, que l'aparició d'aquesta versió castellana del *Diccionario del teatro* de Pavis constitueix un esdeveniment veritablement digne de lloança dins el món dels estudiosos de la teatrística i de la comunicació.

F. Huerta

Armand Mattelart y Héctor Schmucler, *América Latina en la encrucijada telemática.* Paidós Comunicación Buenos Aires-Barcelona, 1983.

Recordando que el concepto «telemática» procede de la contracción de telecomunicaciones e informática, Mattelart y Schmucler niegan la posibilidad de seguir aislando hoy por hoy los campos hasta hace poco disociados de la información-noticia, la información-control social. Consideran la información como una presencia dominante en campos amplísimos que van desde los procesos productivos económicos hasta los mecanismos de regulación social,

funcionando como un elemento básico del reordenamiento de las relaciones sociales de grupos y clases, de los aparatos políticos, económicos, culturales y militares de casi todas las formaciones sociales existentes y de las relaciones entre los diversos países. Reclaman, entonces, una imaginación política que sea capaz de producir «respuestas históricamente adecuadas a la polisemia tentacular de la información, concebida como materia prima estructurante del nuevo esquema de ordenamiento planetario» (p. 16).

Como los antecedentes de ambos autores hacían esperar, apuntan en estas páginas intuiciones y observaciones que invitan a la reflexión ulterior; un rico elenco de propuestas y provocaciones. «A partir del desarrollo de sistemas como el ferrocarril, el telégrafo o el teléfono», hay que escribir, dicen, una historia «verdaderamente materialista» de América Latina, mostrando cómo las actuales tecnologías pondrán claramente al desnudo problemas que comenzaron a manifestarse desde la aparición del «modo capitalista de comunicación, que implica un modo específico de producción y de circulación de mercancías, mensajes y personas» (p. 58). Mientras la radio y el teléfono fueron transferidos a América Latina después de haberse constituido como modelos acabados en los países de origen, los nuevos sistemas para el manejo de la información se establecen en cambio al mismo tiempo que en los países que los producen: para su buen funcionamiento, la lógica del sistema exige su planetarización (p. 63). La producción de la información aparece así como el más notable ejemplo de la «diversificación concentrada» que caracteriza a la etapa actual del capitalismo transnacional (p. 20). La multiplicación de los rostros del poder transnacional puede explicarse entonces

como una tendencia a desdibujar su propia fisonomía (p. 17). En América Latina, el «contagio» del modelo de matriz estadounidense y realización europea occidental y japonesa se ve facilitado por la desnacionalización y por las necesidades de un modelo de desarrollo que tenía como sustentación los intereses de las empresas extranjeras y la concentración monopólica de capital. Las zonas francas y el contrabando de gran número de artefactos pueden ser vistos como parte de una trama novedosa donde el poder transnacional se instala sobre la ruina de un derecho que la vieja burguesía liberal había imaginado como eterno. La tecnología informática manifiesta, en ese contexto, su naturaleza integradora: «aparece como una nueva locomotora que arrastra tras sí al conjunto de elementos del sistema, impone un reacomodo de todos los aparatos de comunicación y de información y redefine la función que cumple cada uno de ellos en la producción del consenso» (p. 63). Pero el mayor o menor control autoritario de la sociedad no depende necesariamente —puntualizan los autores— de la privatización o no de los sistemas de comunicación.

Puede encontrarse un conjunto considerable de datos y citas a lo largo de los cuatro capítulos centrales, cuyos títulos jalonan significativamente las principales cuestiones abiertas: «La privatización del consenso», «La excepción como nueva regla económica», «Inventario para el futuro telemático» y «Estado e institucionalización informática». En muchos casos el lector no está en condiciones de identificar —ni, por tanto, de evaluar— las numerosas fuentes orales: los autores se limitan a presentarlas como «funcionarios, investigadores, dirigentes gremiales, políticos y periodistas», explicando que es «por discreción» que han omitido sus

nombres. Ninguna justificación tiene, en cambio, que esta primera aproximación al tema que se ha articulado mediante un viaje por siete países de América Latina (p. 15) no identifique a esos «siete» dentro de los diez citados: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Haití, México, Panamá, Perú, República Dominicana y Venezuela. Tampoco parece pertinente el escaso tratamiento que los autores dan a una de las tres potencias regionales, Argentina, ni el ostensible desnivel existente entre el enfoque puramente coyuntural otorgado a algunos países y el análisis histórico con que se privilegia a otros.

A título de conclusión, Mattelart y Schmucler mencionan lo que en realidad ha sido su punto de arranque e hipótesis inicial: «si los cambios tecnológicos tienden a modificar radicalmente el horizonte de la vida política, es lógico que sea a partir de la política desde donde se rastree el significado final de esas innovaciones y desde donde se tomen decisiones. Esto impediría que la expansión tecnológica aparezca, y se la acepte, como determinada por un fatalismo histórico» (p. 123). Nos encontramos, pues, ante un ejercicio de política comparada. Buena falta que hacen trabajos de este tipo en los estudios sobre América Latina, sólitamente polarizados (cuando se producen fuera del ámbito académico de la metrópolis norteamericana) en el enfoque global, referido a todo el continente, o la particularización en un solo país, o la mera agregación, no interrelacionada, de dos o más países. Cabe esperar que Mattelart y Schmucler perseveren en esta ruta, precisando el marco teórico que aquí insinúan y afinando en la comunicación de los resultados y de las grandes cuestiones abiertas.

H. Borrat

Edgar Morin, *Ciencia con consciencia*. Anthropos, Barcelona 1984.

«La enorme masa de saber cuantificable y técnicamente utilizable no es más que veneno si se le priva de la fuerza liberadora de la reflexión.» Esta frase, tomada de las primeras páginas del libro de E. Morin, encierra todo un programa: el proyecto del libro en cuestión, en primer lugar, pero también el proyecto, solamente esbozado, de una metateoría de la ciencia, la visión de una nueva etapa filosófica, y, en fin, la reforma de la identidad cultural moderna. Dos son, por consiguiente, los aspectos exteriores que cabe destacar en este libro: una visión crítica, o, mejor dicho, negativa, del mundo actual, y al mismo tiempo la perspectiva abierta a un futuro. Morin nos abre las páginas a un pensamiento utópico radical nacido bajo el signo de la desesperanza. En eso, en esta tensión, reside su modernidad y la profundidad de su obra. Pero vayamos al principio.

La «Scienza Nuova» ya fue, en su formulación primera en el siglo XVII, un intento renovador de signo a la vez crítico y humanista, frente al reduccionismo que en la esfera de la cultura, de la memoria histórica, del arte y de la vida suponía el racionalismo cartesiano, y ha supuesto el imperativo de una ciencia racionalista en la historia moderna. Edgar Morin extrae de esta tradición humanista, la de Vico, pero también la de la Ilustración y el Romanticismo, la energía impulsora de su proyecto filosófico. Y, sin embargo, su pensamiento no tiene las malas connotaciones ideológicas propias del humanismo moderno.

El motivo es muy claro: Edgar Morin no parte de la tradición retórica de la que parten los Gadamer y los Ricoeur, de la que partían nuestros humanistas